

Antonio José Quesada Sánchez

“Alambres”

Ayúdame, ven.
Toma.
Corta por ahí
que
yo me encargo de cortar por aquí.
Así. Perfecto. Ya está.
Un alambre menos en el mundo.
Otra frontera menos.

“Valoraciones poéticas”

Hay quien valora menos unos versos
si no hay en ellos grandes metáforas que llevarse al alma,
coloridas imágenes poéticas
o
barroquismo convicto y confeso.
También se valoran menos
si
el poeta no ha asimilado bien a los clásicos,
a los poetas de referencia obligada
o
no rinde pleitesía a los Poetas Oficiales de la Villa.
Valoraciones, valoraciones, tan subjetivas ellas...

“¿Avances?”

Mientras un solo hombre muera
en una hazaña bélica
en cualquier esquina del mundo,
tengo derecho a dudar de que progreseemos.

Es suficiente
como para dudar de la civilización.

“Patria para soñadores”

Los soñadores no tenemos patria ni leyes de extranjería.
Los soñadores somos de donde intentamos soñar,
no de donde, accidentalmente, nacimos alguna vez
ni de donde sugiere nuestra carta de identidad o nuestra piel.
Somos más de donde dimos nuestro primer beso,
de donde bailamos por primera vez con una muchacha
o de donde
sintonizamos con alguien maravilloso
que de la tierra de nuestros padres, abuelos
y
demás pobladores de las ramas de nuestro arbusto genealógico.
Algo que importa poco, además,
a quienes no nos gusta irnos por las ramas
(es aburrido pasear por las ramas de un arbusto).
Mi patria es muy ancha y en ella no hay ciudadanos extranjeros o de segunda.

“No”

No quiero ser ejemplo para nadie, a estas alturas.
No quiero ser estandarte de nada.
No quiero ser paradigma
ni quiero
ser el elegido.
No.
Ya, no.
Me pilló todo eso demasiado maduro.
A lo mejor, si hubiese sido más joven
me hubiera hecho ilusión
figurar.

METRO DE ROMA

**A Vincenzo, il mio amico di Roma.
A Mario, uomo buono a chi non è possibile dimenticare.**

*“Dos esculturas lo representan, en la pompa de las ornamentaciones. (...).
En ninguna de ellas queda ni el menor rastro de su giba. (...). El artista –tal vez sea
Jean Goujon- suprimió la deformidad. Los artistas son dioses a su manera;
corrigen las equivocaciones, las burlas de Dios”
(Manuel Mujica Lainez: “Bomarzo”, Capítulo VIII)*

¿Qué echo de menos de Roma? Algo tan sencillo como que llegara el domingo y tuviese todo el día por delante para disfrutar de la ciudad. Sin más plan preconcebido.

Simplemente eso: tener la ciudad a mi disposición para lo que estimara oportuno.

Lo recuerdo y, nostálgico, lloro. Todavía hoy. ¡Qué lujo fue tener el privilegio de pasear por Roma!

- Ya está aquí el plano. Por fin lo tenemos –dijo una de las enfermeras, con rostro de cansancio, delante del ordenador.

- Menos mal. Así descansará el puñetero viejo –contestó la compañera, sin dejar de leer una revista del corazón que tenía entre las manos-. Imprímelo, llévaselo y a ver si se calma de una vez –y la compañera lo mandó imprimir.

- Anda, llévaselo tú, a ver si así nos deja ya tranquilas –comenta, ofreciendo el folio a la compañera.

- ¿Yo? Llévelo tú, que eres tan amiga de él... –devolviendo el folio

- ¿Yo? Anda, anda. Daría dinero por no verle la cara... –vuelve a pasarle el folio.

Y siguieron eludiendo la visita, con éstas y otras razones. Nunca faltan razones que justifiquen aquello que deseamos con fuerza.

Soy consciente: los viejos nos ponemos muy pesados y muy idiotas. Por eso nadie nos quiere aguantar y acabamos encarcelados en estos ghettos para despojos humanos que nuestros hijos y nueras llaman “residencias para la tercera edad”. ¡Qué aséptico! Cuando los metan aquí a ellos entenderán lo que sentimos nosotros cuando escuchamos esos eufemismos. Ya se enterarán, que el tiempo no pasa sólo por mí. Que vamos todos en el mismo barco, y aquí nadie es Vicino Orsini, que yo sepa.

A cada uno le da su particular locura de viejo. Aquí he conocido a un coleccionista de tazas de porcelana (y no tomaba ni café en ellas, todo sea dicho: las tazas eran un fin en sí mismas), a uno que guardaba recortes de periódicos que nombraban a su pueblo, a otro que fotocopiaba todo lo que salía de su equipo de fútbol y lo agrandaba, para verlo mejor, otro que le gustaba el flamenco... Cada cual con su locura a cuestas, ya se sabe cómo somos los viejos.

Mi locura, como tal, no existe; tengo la cabeza en su sitio, en líneas generales, y sólo me ha dado por leer novelas. Leer novelas es un vicio tolerado aquí, no te miran mal. Se supone que es tan triste la vida que llevas que necesitas evadirte. Y si tienes una mínima inquietud, lees novelas. Es como salir de este cuerpo de viejo y vivir otras vidas: correr,

amar mujeres, beber, disfrutar, viajar. Todo eso que de vez en cuando recordamos que hicimos alguna vez.

Sin embargo, ahora que siento que me fallan las fuerzas y que me voy a ir pronto de este mundo, he querido cumplir mi último capricho, mi locura, por así decirlo: quiero volver a Roma. Pero como eso no me será posible de modo real, debo inventar mi retorno. Es lo que nos queda a los viejos: inventarnos todo eso que ya no podemos vivir.

No me sirve, ya, Moravia para estos menesteres: he leído todo lo suyo, y he recuperado Roma cada vez. Pero ahora necesito algo propio. Por eso, quiero tener mi plano del Metro de Roma y recordar la ciudad a golpe de parada de metro, que es otro modo de recordar y de vivir. Que no es un mecanismo perfecto y que abarque toda la ciudad, de acuerdo: no se llegaba en Metro al *Piazzale Garibaldi*, para ver la ciudad desde lo alto, ni a la Piazza Navona, ni al Trastevere, por ejemplo. Vale, de acuerdo. Pero ya saldrán por otro sitio en mis recuerdos, seguro: a todo lo que le cierre la puerta le acabaré abriendo la ventana.

Tiene su explicación: durante una época de mi vida fui profesor de la Universidad, y gocé de un par de estancias de investigación en Roma. Y jamás olvidé, ya, esta ciudad.

Tomaba el metro cada mañana, y recuerdo aquellos tiempos con cariño. Con mucho cariño, a la vista de lo que fue mi vida posterior, cargada de trabajo.

¡Qué época!: sin grandes responsabilidades y terminando una tesis doctoral que defendería un par de años después, entre los rostros serios de mis compañeros de Departamento (expectantes a ver si metía la pata en algún momento y así tenían motivo de celebración posterior). Compañeros que, todo sea dicho, mientras yo exponía mi defensa, ya estudiaban interiormente las posibilidades que tenía yo de moverles de su sitio, ahora que iba a ser Doctor. Cómo quedaría el organigrama del Departamento y esas cosas. Dejé aquello de la Universidad poco después, cansado de todo y de casi todos.

Pero no quiero desviarme del tema, que no se trata de recorrer mi experiencia laboral: la cosa es que tuve el privilegio de conocer Roma con calma. Lo mejor que he hecho en toda mi vida. Me conocía de memoria todas las paradas de las dos líneas de metro (sobre todo las de la Línea B, y las de la Línea A sólo desde Termini hasta Ottaviano), y en casi todas tenía alguna anécdota graciosa que recordar. Recordar Roma paseando por las distintas paradas de Metro sería una bonita forma de recordarlo todo.

Nunca volví a Roma por pereza. Hoy me lo reprocho, pues falté a mi promesa de volver alguna vez como viajero (no como investigador). Empecé a perder el recuerdo de las paradas de metro, que antes recitaba de carrerilla, y esto me dolió. Era como perder a la propia Roma y, sobre todo, perderme a mí mismo. A ese yo que pateó Roma durante cuatro meses y que tanto disfrutó.

Por eso, deseaba que alguien me facilitara un plano del Metro de Roma tal y como estaba durante el año 2000. No es tan complicado: ahora con Internet todo es fácil, sólo que a mí esto me coge muy viejo, ya. Tengo un vecino de habitación que siempre me enseña fotos pornográficas que saca de Internet, así que no creo que sea tan difícil conseguir ahí un plano de metro de cualquier ciudad.

Se lo he pedido a las brujas que me atienden. Ponen mala cara, pero dicen que lo buscarán. Hijas de mala madre...

Hoy me han traído mi plano. Por fin.

Soy feliz. Soy feliz recordando todo aquello otra vez. Aquello que fue y ya no será nunca más. Roma vuelve otra vez a mí. Todas las paradas de entonces vuelven ahora,

¡qué recuerdos! Bocanadas de mi vida en cada estación. Las lágrimas corren por mis mejillas mientras miro el plano, no puedo evitarlo. Mi cara arrugada se vuelve perfectamente navegable, era inevitable.

¡Qué feliz fui! Y dicen que no hay más infelicidad que recordar la felicidad perdida. No lo sé. Cada vez sé menos cosas.

Roma. Roma. Eres única, Roma. *Tu sei la più bella città dei mondo. Cazzo faccio io lontano di te? Per chè?*

La Línea A era la más extraña para mí. Yo me movía generalmente en la Línea B, pero también tengo mis recuerdos de esta Línea A, que iba desde Anagnina hasta Battistini (o viceversa). Y que encerraba las paradas más artísticas o con más estilo, según decían. Pero mis recuerdos en la Línea A iban desde Termini hasta los Museos Vaticanos. El resto es bruma.

Anagnina. *Capoluogo* de la línea, mi única relación con ella era la derivada de leer el nombre en los planos de Metro. Anagnina. Pues Anagnina, no se hable más, *capoluogo* por uno de los lados. Siempre me pregunté si en la cabecera de la línea el metro daba la vuelta en algún sitio o el que se cambiaba de posición era el conductor. Todavía sigo con esa duda.

Cinnecità. Una vez estuve en los estudios de Cinnecità, y era un extraño en las paradas desconocidas de la Línea A. Pretendí descubrir algo novedoso y sólo encontré unos viejos estudios con el presuntuoso nombre de la Ciudad del Cine, sin más. Vacío. Sin actores ni cámaras ni bellas mujeres bebiendo champán, vestidas de noche, ni mi admirado Pasolini. No. Como cualquier otra ciudad (sea de cine o no) en una hora muerta, pues algo así. Estoy en condiciones de asegurar que mi estancia en Cinnecità no superó los cinco minutos.

Subaugusta. Giulio Agricola. Lucio Sestio. Numidio Quadrato. Quadraro. Arco di Travertino. Colli Albani. Furio Camillo. Ponte Lungo. Puro humo. Paradas, todas ellas, de la línea A, que sólo conocí de nombre. Cuando, aburrido de mirar caras aburridas y preciosos cuerpos de mujer en el vagón, alzaba la mirada y veía el mapa de las paradas, leyendo esos nombres que acabo de citar y que sería incapaz de repetir de memoria, ninguno de ellos me decía nada. Como hoy. Puro humo. Nada.

Re di Roma. En cierta ocasión me bajé aquí, para ir a un mercadillo. Parecido a los de mi tierra, aunque los de mi tierra me resultaban más graciosos. Mezcla de culturas: italianos, árabes y chinos vendían su alma, si fuera necesario, para sacar unas liras. Porque cuando yo fui a Roma todavía no había euros, imaginen si hace tiempo de esto que cuento.

San Giovanni. San Giovanni in Laterano. San Juan de Letrán, que le llamamos nosotros (me costó relacionar esa majestuosa Basílica con ese San Juan de Letrán que me hicieron estudiar alguna vez en la escuela). La Basílica era impactante, pero el entorno no lo era menos: cerca de allí (no recuerdo la calle, pero todavía sabría llegar: ¿Via Tasso, puede ser?) estaba el museo donde las SS torturaron a partisanos italianos durante la Segunda Guerra Mundial. También cerca estaba la Scala Santa, que yo no subí de rodillas, aunque hice aquello de rezar por si acaso (perdí la fe después; por aquel entonces la tenía, simplemente, en cuidados intensivos y con respiración asistida), y el Obispado de Roma, así como la sede central de las Ediciones Paulinas (allí compré algunas cadenas baratas con una *tau*). A pie se podía llegar al Colosseo, pero nunca fui por ahí. Por el otro lado, un bonito jardín y la *Santa Croce in Gerusalem*, iglesia donde aseguran conservar parte de la madera de la cruz de Cristo. Yo sólo vi un madero viejo y carcomido detrás de un cristal. Un día casi me emborracho, aquí, con incienso: en una

capillita dedicada a una beata tenían un altarcito con un incensario. Miré para todos lados y, como no había nadie, acerqué la nariz hasta casi pegarla al incensario. Empecé a ver estrellas y no me quedó más remedio que separarme del cacharro y seguir mi camino algo bamboleante.

Detrás de la Basílica de San Giovanni, además de un supermercado donde alguna vez compré algo, estaba la sede de las categorías inferiores del equipo de fútbol de la Roma. Los sábados los niños jugaban, ante la mirada de sus padres desde las gradas. Algún sábado pasé por allí, a disfrutar con ese fútbol todavía no adulterado, inocente.

Además, cerca de la Basílica tomaba el autobús que me llevaba a las Catacumbas y a la Fosa Ardeatina. Impresiona, en la Fosa, la inmensa tumba colectiva. Su severidad. Su olor. Se embriaga uno con la prepotencia del que mandaba, capaz de ordenar tanta muerte inútil (¿acaso no es inútil toda muerte?).

Manzoni. Vittorio Emmanuele. Ni idea. Otra vez, puro humo. No sé qué es esto. Las leía en el mapa del metro, como aquellas otras de las que antes hablé. Sin más.

Termini. Llegamos al centro de todo, llegamos a Termini. Como todas las líneas de metro, todos los trenes y todos los autobuses, también nosotros llegamos a Termini. Todo se cuece en Termini. Todo se resuelve en la estación de Termini, pero yo intentaba evitarla siempre que podía. Llegar con el metro a Termini era asistir a cómo una masa humana descendía del vagón y otra masa ascendía a él. Atropello y prisas. Si necesitabas cambiar de línea, era terrible: el vagón vomitaba seres que corrían por los pasillos sin saber exactamente por qué (yo corría más que nadie en estos casos, aunque rara vez tenía prisa), y llegabas a la otra *fermata*. A esperar.

Termini era un gran bazar lleno de vendedores de cualquier cosa, inmigrantes de no se sabía dónde, mendigos, pizzerías, trattorias y pizza-olio, policías de llamativos uniformes, oficinas bancarias, tiendas de chinos, y mil cosas más. Y además, yo, mirando el mundo con ojos curiosos. Todavía estaba en la edad.

La primera vez que vi Termini llegué en el tren que conectaba con el aeropuerto de Fiumicino (Fiucimino era el Rubicón, ¿no?). La primera vez da miedo, no conoces el monstruo. Luego acabas teniendo en tu mente el mapa de sus entrañas, y entonces ya impresiona menos. Ya sólo pretendes eludirlo por comodidad, no por miedo. Termini. Todo pasaba siempre por Termini.

Repubblica. La *Piazza della Repubblica* antes se denominaba de otra forma, no recuerdo cómo. Es muy bonita, y las manifestaciones solían pasar siempre por aquí. Entre esta plaza y Termini había puestos de libros viejos que olían a meados resecos, y cerca quedaba la Feltrinelli Internacional, donde alguna vez compré algo.

El Metro es engañoso: la *Piazza della Repubblica* no queda lejos de la Via Cavour, por ejemplo. Se llega antes andando que en Metro, trasbordo en Termini incluido. Como tantas cosas en la vida, paradójico.

Piazza Barberini, con su *fontana* preciosa, su hotel de lujo, sus cines, su Via Veneto por un lado (el que iba para Villa Borghese), la Via del Tritone por otro (como para Corso), y no lejos, el famoso éxtasis de Santa Teresa o la *Piazza di Spagna*. Desde Barberini solía moverme andando, nada quedaba lejos de ella. Me acordaba mucho de Fellini, por tantas razones, cuando rondaba esta zona.

Piazza di Spagna o el lujo. La salida de la boca del Metro es amplia, y siempre está llena de personas que corren y alguien que canta con una guitarra. Es majestuosa: las escalinatas de *Trinità dei Monti*, la barcaza, la lujosa Via Condotti (donde yo miraba los escaparates siempre desde fuera; nunca pude comprar nada). La Via del Corso, al fondo. Por otro lado, la *Piazza del Popolo*. Entre *Spagna* y *Popolo* encontré una Iglesia ortodoxa, y alabé su mérito: venir a Roma a hacerle la competencia al Papa y su

tinglado es digno de elogio (es como ir a Atlanta a intentar vender refrescos de cola). Toda esta zona solía yo recorrerla a pie: *Popolo-Spagna-Barberini-Tritone-Trevi-Panteon-Navona*, por lo menos. Era un buen paseo. Siempre fui un buen paseante.

Flaminio. Es la parada cercana a *Piazza del Popolo* y a Villa Borghese, por abajo. A Moravia le gustaba mucho. Un domingo por la mañana paseé por Pinzio para arriba, y además de encontrar estatuas y más estatuas (imaginaba yo así las villas renacentistas) y un templo donde casi me intoxicó de incienso (¡segunda vez, ya!), encontré el jardín más bello para leer que encontrase jamás (todo un placer para los sentidos). Al otro lado del gran parque, tirando para Via Veneto, me quedé un buen rato delante de la estatua de Lord Byron. Y es que uno tiene su corazoncito. Si mal no recuerdo, junto a Flaminio se podía tomar el tren Roma-Civita Castellana-Viterbo. Desgraciadamente, por aquel entonces no sabía de la existencia del Sacro Bosque de Bomarzo. Ni de Pier Francesco Orsini. Ni siquiera hubiese sabido hablar sobre Mujica Lainez, ese aristócrata de apellidos mal acentuados. Todo eso vino luego.

Lepanto. Ésta era una parada funcional: aquí me bajaba cuando necesitaba ir a la Biblioteca de la Corte de Casazione, en *Piazza Cavour*. Por allí compraba de vez en cuando una pizza maravillosa y algún que otro libro en un puesto callejero que no quedaba lejos (algo de Pasolini compré en un puestecito de Cola di Rienzo). Cerca de la Corte de Casazione estaba Castel Sant'Angelo, que parecía un barco a punto de bajar por el Tiber. Algo que nunca le hubiéramos permitido, para que no dañara la *Isola Tiberina* (bajar a ella y estar a centímetros del agua del Tiber es fascinante). En sus alrededores había unos jardines preciosos, donde se organizaban fiestas de partidos políticos de izquierda (no me perdía ni uno: por entonces todavía creía que este infierno se podía cambiar y apoyaba a las izquierdas), y el *lungotevere* más melancólico y decadente que disfruté jamás. Nunca lo he olvidado durante los domingos de otoño, con las hojas en el suelo y escuchando, de lejos, algún transistor de algún vendedor de algo, que tenía conectado el carrusel de fútbol (y por el que se sabía que la Roma iba ganando fuera y la Lazio empataba todavía en casa, aunque no estaba jugando mal; me daba igual: siempre fui de la Roma, y aún hoy lo sigo siendo).

Ottaviano-San Pietro es la *fermata più vicina* a la *Piazza di San Pietro*. *Piazza di San Pietro* es, ya, algo fuera de serie. La primera vez que entré en ella, por el lateral, me quedé obnubilado. Lo más grande que había visto jamás. Eso era, sin exagerar. Las columnas, la fachada, todo. Y si entras en la Basílica, a la derecha está la *Pietà*. Y mucho más: el tétrico Pio XII, el bueno Juan XXIII, arte y más arte. La estatua a la que hay que tocar el pie y el pie no tiene ni forma, en un detalle de fetichismo religioso impropio del dogmatismo cristiano. Precioso. La *piazza di San Pietro* es algo que está por encima del resto del mundo: palomas, viajeros, buscones, vendedores de algo, todos se dan cita allí y todo se da cita allí. Y sigue el arte por la *Via della Conciliazione*, con sus tiendas de recuerdos (alguna es incluso barata) y su desbocada carrera hacia el *Castel Sant'Angelo* y, por el otro lado del *Tevere*, hacia el Trastevere. Nadie debería morir sin ver la *piazza di San Pietro* al menos una vez en la vida, como hacen los musulmanes con La Meca. Creas o no en Dios, ¿qué más da? La razón es estética, no religiosa.

Recuerdo la de veces que vi atardecer apoyado sobre alguna columna, de ésas de Bernini, mientras escribía algún poema muy malo que luego acabaría rompiendo. Te quiero, Roma.

Cipro-Musei Vaticani. Utilicé muy poco esta parada: las dos veces que fui a los Museos Vaticanos (por cierto, la vez que los visité acompañado me colé en el Museo con todo descarro). Visité los Museos Vaticanos en días que no se pagaba, y fui feliz. Sabía que no me iba a dar tiempo a verlo todo, así que asumí que debía tomar el camino

de la Capilla Sixtina y ver sólo aquello que el azar ubicase en mi camino. Así visité los Museos, acompañado de un improvisado guía aficionado que enseñaba más que los guías oficiales. Un tierno viejecito que acudía, acompañado de su dulce compañera, y contaba sus cosas a los turistas como yo, y a otros con sombrero y calcetines blancos, entre sonrisas condescendientes de los vigilantes, que le conocían perfectamente.

En la Capilla Sixtina, las dos veces que estuve, me quedé más de media hora cada vez. Poco fue.

Aparte de eso, esta parada de metro sólo me trae pequeños recuerdos: una escalera muy larga, una pareja de alemanes que me pidieron información y yo les contesté “keine ahnung” (o algo así), y se rieron mucho, y unos helados más grandes de lo habitual (que me llevó a plantearme la bondad de tomar el metro exclusivamente para tomar un helado, algo que nunca haría). También recuerdo el imponente muro que rodea al Vaticano, como protegiéndolo de todo eso que quedaba fuera. Del resto del mundo.

¿El resto de paradas? Valle Aurelia. Baldo degli Ubaldi. Cornelia. Nombres que nada me dicen: jamás llegué tan lejos. Tampoco el nombre de Battistini me decía demasiado, pero sabía que era el otro *capoluogo* de la Línea A y que había una residencia de monjas cerca (una chica española que conocí se alojaba por allí). Aunque esto, en Roma, tampoco era un dato como para individualizar demasiado.

La Línea B era la mía. Línea B, Rebibbia-Laurentina. La mía, efectivamente. Donde yo me movía cada mañana.

En Rebibbia había una cárcel. Estando en Roma, leí las Memorias de Alí Agca (de las que no entendí mucho, y lo que entendí era puro disparate), y supe que estaba preso en Rebibbia. Me desplazé a ver si veía la cárcel, pero aquello era un barrio parecido a Carabanchel aunque sin que se viera prisión alguna. Volví al Metro. Fue la única vez que fui a Rebibbia.

Ponte Mammolo. Mi casa. Yo vivía en Ponte Mammolo, jamás olvidaré eso. Roma era una gran ciudad, pero mi casa estaba en Ponte Mammolo. Mi parada de metro era Ponte Mammolo. De aquí surgía todo para mí. ¡Y me acuerdo de tantas cosas de Ponte Mammolo...!

Recuerdo la parada de autobuses que estaba frente a mi casa. El año del Jubileo, fue un carrusel: no había domingo sin un buen número de autobuses allí y sin turistas usando el baño o tomando bocadillos mientras estiraban las piernas.

Recuerdo los montes de Tivoli. Los veía desde mi balcón. Una noche de tormenta se iluminaron totalmente. A mi madre le habría dado miedo: jamás volví a ver una tormenta así de potente en mi vida.

Recuerdo los supermercados, el sábado. Primero uno, luego otro y después el tercero, comprando lo más barato de cada sitio. Carritos de la compra, liras, *borse*, vino de *Castelli Romano*, ¡tantos recuerdos!

Recuerdo al portero, aficionado de la Roma, cargado de hijos y algo loco. Siempre regañando a alguno de los demonios que su mujer había parido.

Recuerdo los garajes, bajo los bloques, y su olor a humedad.

Recuerdo los paseos que di por la zona cuando me quedé sin bono de metro, y me dedicaba a ver mi barrio, a falta de otra opción más interesante: campos agrícolas, centros comerciales, estadio de fútbol, biblioteca, *Via Palmiro Togliatti*. No quería “hacer el portugués” (como llamaban allí a viajar sin bono), y tuve que amoldarme a mi triste situación de peatón sin dinero.

Ponte Mammolo no era bonito, pero era mi casa. Suficiente. Pasolini vivió durante una época en Ponte Mammolo, y eso reforzó mi orgullo de “vecino a posteriori” de un

genio. Aunque por aquella época era una especie de barrio degradado, con cañas y río de por medio, según creo.

Santa Maria del Soccorso. Parada muy próxima a Ponte Mammolo. Tan próxima que en mis recuerdos las incluyo juntas. Había un puente elevado donde se reunían viajeros y adictos a drogas.

Pietralata. La *fermata* donde estaba un gran centro comercial. Aquí hacía yo mis compras, aunque no exactamente en el gran centro, sino en otro pequeñito que había al lado, que era el más barato de Roma. Allí gastaba yo mis liras, entre polacos compradores de vodka y todo tipo de extranjeros más extranjeros que yo.

En Monte Tiburtini nos hicieron bajar una vez, porque se rompió algo en el Metro y no hubo manera de que el gusano de hierro siguiera adelante. Fue terrible tener que tomar el autobús, pues todos iban cargados y nosotros éramos una buena tropa. Y todos, además, con prisas para llegar al trabajo.

Quintiliani. La estación fantasma. Estaba cerrada, y siempre estuve convencido de que estaba habitada por un fantasma. Incluso escribí un mal poema titulado “El fantasma de Quintiliani”. A veces había personal trabajando en ella, e incluso podías encontrar basura en las papeleras (esto reforzaba mi tesis de que esta estación estaba habitada). Pasabas por ella como de incógnito, en la oscuridad. Pero yo estoy seguro de que, desde algún rincón, el fantasma seguía nuestro curso. Siempre. Los fantasmas son así.

Stazione Tiburtina, la otra gran estación de Roma. De aquí llegaba y salía un tren para Fiumicino, más barato que el de Termini pero que hacía paradas. Lo tomé para volver: no estaba como para gastar dinero alegremente. También se notaba el ambiente de estación, pero no tanto como en Termini.

Piazza Bologna. Aquí estaba Correos (la *Posta*), algunos puestos de libros donde alguna vez compré algo y la parada de autobús para ir al despacho del profesor con el que trabajé, una eminencia italiana que me dedicó una parte mínima de su tiempo. Zona de librerías, de bancos y de una tienda de deportes preciosa, no lejana de la Universidad.

Policlinico. Ésta era la parada de la Universidad La Sapienza. Mi parada durante bastantes días. Llegabas al campus en unos cinco minutos a pie, y el campus era muy especial. El único sitio donde he visto que se proteja a los gatos, que se paseaban hasta por la mesa del despacho del Decano. Personas y más personas, en una facultad, en la otra, en la Biblioteca Alessandrina, en la *mensa*, en todos sitios. Casi cada día picaba algún libro de 3000 liras, libro que rara vez era literatura de verdad, pues mi nivel de italiano no me permitía leer *un vero romanzo*. Solían ser memorias o libros políticos, que me hacían desear el retorno a casa poderosamente, ante la sensación de embrutecimiento que se apoderaba de mí.

Recuerdo, particularmente, algunas cosas: la máquina de café (había que pedir chocolate o *capuccino*, de lo contrario no te llenaba el vaso), la sala de estudio, el amplio *Dipartimento*, la burocracia italiana (tan absurda como la nuestra y como todas las burocracias), la *capella* y todos esos detalles que me retrotraen a aquellos felices días. Yo haciendo fotocopias en el Departamento, la felicidad por encontrar el libro que buscaba, la insatisfacción cuando el ejemplar estaba *mancante* (¡qué bonita palabra pero qué dura!), la hora de volver a casa, de mirar libros en las tiendas durante el atardecer, etc.

En Castro Pretorio estaba la Biblioteca Nacional. Nada más salir del Metro, te encontrabas con un puestecito de libros en el que alguna vez compré algo (¿dónde no habré comprado algún libro, Dios santo?). Gran biblioteca, aunque muy burocrática, eso sí: pedías un libro y llegaba a la media hora o así. Los pasillos eran enormes, y fotocopiar era toda una aventura. Había muchas cabinas de teléfono, desde donde más

de una vez llamé a mi jefe, a casa o a donde fuera. La segunda vez que estuve allí me hicieron un carnet con fotografía. Era todo tan absurdo que mi cara de circunstancias quedó para siempre impresa en mi carnet (aún lo conservo). Es el documento oficial en el que salgo con más cara de imbécil de toda mi vida.

Era precioso ir a la biblioteca los sábados por la mañana. Era todo como más tuyo.

Termini. Volvemos a Termini, y poco tengo que añadir a lo que ya comenté cuando llegué en la Línea A. No es muy diferente llegar a Termini en la Línea B, las sensaciones eran muy parecidas. Si estuviera en otra ciudad diría que todos los caminos llevan a Roma. Aquí parecería idiota si utilizo la frase hecha, ¿no?

Cavour era la parada para ir a la Biblioteca de UNIDROIT. La más interesante biblioteca jurídica de Roma: prácticamente todas las mañanas estaba allí (hasta me asignaron una mesa de trabajo, y podía acudir cada mañana a mi *tavolo di lavoro*). Había libros de todos los países, y fue excelente el rendimiento que obtuve para mi Tesis. Cerca de esta parada estaba la majestuosa *Santa Maria Maggiore*. Como todo en Roma, siempre cerca de alguna obra de arte.

Colosseo. De la *fermata* de *Colosseo* tengo dos tipos de recuerdos: los de días laborables y los de días de fiesta. En días laborables era una sensación única, pese a las prisas habituales, esperar el autobús 85 ó 385 delante del *Colosseo*. Con uno de estos dos iba a la Via del Corso, y de allí tiraba para la *Biblioteca della Camera dei Diputati*. Bastantes libros, buen trabajo después de comer y durante toda la tarde y cuando me era posible, paseo por la zona, realmente grandiosa: visita a *Panteon*, *Piazza Navona* (los domingos por la tarde en *Piazza Navona* son uno de mis recuerdos imborrables de Roma), *Fontana di Trevi* (inolvidable: allí tomé alguna vez un helado de fresa y chocolate excelente), etc. Y a mirar libros de literatura, eso ante todo.

En días de fiesta era más bonito: el Foro cortado al tráfico, y todo preparado para disfrutar. Pasear por el Foro sin coches, llegar a *Piazza Venezia* admirando el Monumento Victoriano, el *Palazzo* donde Mussolini trabajaba o la casa donde Napoleón hizo no sé qué (esquina con Corso). Doblar para *Campidoglio* (sencillamente perfecta: *Michelangelo* sabía lo que hacía), el *Ghetto*, el templo de Vesta, la *Bocca della Verità* (todos metiendo en ella la mano, como tontos o como japoneses), la *Isola Tiberina*, tantos recuerdos... *Colosseo* es una de las paradas que más utilicé y que más placer me dio. Me constaba que jamás, en ninguna otra ciudad que pudiera conocer, y por muy bella que fuese, sabría lo que se siente al esperar el autobús delante del Coliseo. Yo supe lo que era eso.

Circo Massimo. Bajé pocas veces aquí, pero merecía la pena ver las ruinas, pasear por el Circo Massimo y encontrarse con el edificio de no sé qué organismo mundial de la alimentación o con un bellissimo jardín. Recuerdo haber paseado por aquí un domingo por la tarde y ver cómo varios coches con banderas de la Roma celebraban algo. Sin duda, nuestra Roma había vuelto a ganar. Me sentí más feliz: yo también era *romanista*, y me alegraba tanto de las victorias de mi Roma como de las derrotas de la *Lazio*, como corresponde a todo buen seguidor de fútbol (entra dentro de los deberes de un seguidor de fútbol alegrarse de los fracasos de su gran rival; siempre sin violencia, claro, pero es muy sano y divertido, es la salsa de este deporte; entiendo que un seguidor de la *Lazio* disfrutara también cada una de nuestras derrotas). Pues ese domingo habíamos ganado, y eso merecía una buena sonrisa. *Forza Roma!!!*

Años después, ya en España, vi en Televisión Española imágenes de una gran manifestación contra el gobierno italiano, y salía del Circo Massimo. Se me saltaron las lágrimas: allí era donde yo celebré aquel domingo, a mi manera, el triunfo *della mia squadra di calcio*.

Piramide. Cerca de la parada de Piramide había una preciosa pirámide, como cualquiera puede imaginar (no hay que ser lingüista o poeta para ello). Creo que traída de Egipto y todo (algo así me dijeron, a lo mejor me tomaron el pelo). El atractivo de esta parada es su proximidad con la parada del autobús que nos acercaba al Porta Portese, el mercadillo del Trastevere. Aunque también se podía llegar desde el Metro que acercaba en Largo Torre Argentina. Aquí una vez encontré a un español y nos fuimos paseando al *Ghetto*, al Barrio Judío próximo a *Piazza Venezia*; por cierto, no nos dejaron fotografiar la sinagoga que estaba al lado del río por razones de seguridad (acababa de producirse alguna masacre judía en Palestina y los otros querían devolver el golpe).

En Porta Portese se compraba y vendía de todo. Por primera vez en mi vida vi trileros en directo, fue interesante. Con posterioridad conocí el Rastro de Madrid y llegué a la conclusión de que todos los mercadillos, de alguna forma, se parecen, y de que tenemos más herencia musulmana de la que queremos reconocer.

El hecho de que las mujeres del Este de Europa se reúnan en esta parada para buscar lo que busquen no creo que deba considerarse estrictamente otro atractivo de la parada. O sí, depende. En cualquier caso, me llamó la atención, porque nunca había visto algo así. Después, en mi ciudad vería la misma escena, con el tiempo. Y me acordaba de Roma, claro.

Garbatella. De esta *fermata* no tengo recuerdo alguno, aunque creo que por aquí el Metro salía al descubierto, y eso me gustaba. Tampoco estoy seguro de este dato, en cualquier caso.

Basilica di San Paolo. Un par de veces estuve en la bellísima San Pablo Extramuros (*San Paolo fuori dei Muri* o algo así debía decirse en italiano). Otra de las basílicas romanas, preciosa, pero había que recorrer un buen trayecto para llegar. Merecía la pena por su belleza y por sus jardines de alrededor. A la vuelta, una de las veces, cogí un autobús de los circulares, y así vi Roma. De paseo.

Marconi y Magliana son paradas que tampoco me dicen nada. Nadie es perfecto.

EUR Palasport y EUR Fermi son las paradas que te permitían pasear en el Parque del EUR (*Exposizione Universale di Roma*, barrio creado por el *Duce* para tal evento, y que se caracteriza por sus edificios imponentes). Nunca olvidaré este parque, adonde fui algunas veces a leer y a pasear. Como mucha otra gente, por otra parte. El lago, el edificio de All'Italia, el Palacio de los Deportes, los *barbone* (la primera vez que vi *barbone* en Roma, en los recodos de un puente). Estaba lejos de todo, pero merecía la pena ir allí sólo para leer en el césped.

Laurentina. Uno de los *capoluogo*, pero nada más. Jamás estuve por allí.

Ya cumplí mi promesa: de alguna forma, volví a Roma. No como me hubiera gustado, pero mejor es esto que nada. Sé que me quedaron sitios sin citar expresamente, pero cuando acepté esta metodología asumí dicho riesgo.

Gracias al mapa del Metro pude corregir la burla que durante tantos años sostuve contra mi propia promesa.

Volví a Roma. Ya puedo morir con la conciencia tranquila.

No es poco.